

ción, de tal modo que todos los obispados de España é Indias se iban proveyendo en los que se juzgaban desafectos á la Compañía.

En esta situación se hallaban las cosas respecto á los jesuitas cuando estalló el motin de Madrid, que importa referir detenidamente porque era la ocasión y el pretexto de manifestarse abiertamente contra ellos, y de donde les vino próximamente su ruina, y en primer lugar es preciso descubrir las causas que dispusieron los ánimos para esta conmoción.

§ 11.—Motin de Madrid.

Los dos ministros que á la sazón ejercían más influjo en el ánimo de Carlos III, y en quienes este Príncipe tenía más confianza, eran D. Leopoldo de Gregorio, Marqués de Esquilache (1), de nación siciliano y de humilde nacimiento, y el Marqués de Grimaldi, también italiano.

Al primero le había traído consigo de Nápoles, y á la verdad no mostró el Rey

(1) Los italianos escriben *Squillace*.

mucho tacto al traer por ministro y favorito á un extranjero. En la época de que hablamos desempeñaba Esquilache los ministerios de Hacienda y de Guerra, y para elevarle á este último cargo removió el Rey al Conde de Valparaíso, que murió inmediatamente del sentimiento de tener que viajar á la edad de setenta años como embajador á Polonia.

Tal era la preponderancia de Esquilache, que casi todas las reformas y medidas administrativas en los primeros años de este reinado fueron tomadas por consejo ó con intervención de este ministro. No hay duda que hizo cosas buenas, como la fundación del Monte de Piedad, y el aseo y la limpieza de la capital; pero el ser extranjero, el espíritu que mostró desde luego de alterar los usos y las costumbres populares, el prurito de enriquecerse y de acumular títulos con sueldo para sí y para sus allegados, todas estas circunstancias le hicieron generalmente aborrecible á los españoles.

A esto se siguieron, por desgracia, los años poco fértiles para España, y fertilí-

simos, en concepto del público, para las negociaciones del Marqués. El año 1762 valía en Madrid el pan de dos libras á seis cuartos, y sin motivo que lo justificase lo subió á ocho, avisando al público que se hacía este aumento para establecer un fondo que conservase el mismo precio en los años estériles; pero antes de cumplirse el año subió á diez cuartos, á los dos años á doce, el año 1765 á catorce, y al principio de 1766, en que sobrevinieron las turbulencias, se anunciaba subirlo más; y á proporción del pan subieron los demás alimentos, no tanto por la escasez del género, como por falta de reglas en el gobierno.

Con esto queda dicho cuáles serían las quejas y los lamentos del pueblo menudo contra el Ministerio del Marqués. Sin embargo, en el sufrimiento de los españoles, esta calamidad no hubiera roto su silencio si no hubiese sucedido otra providencia salida del ministro italiano que agotó al fin la paciencia del pueblo (1).

(1) Existen varias relaciones del motín de Madrid que discrepan entre sí en algunas circunstancias,

El día 10 de Marzo de 1766 se publicó en Madrid un bando que prohibía indistintamente á toda clase de personas, bajo la pena de multa ó de cárcel, llevar sombrero chambergo y capa larga, y mandando que los sombreros habían de ser de tres picos y las capas de modo que no llegasen con una cuarta á los pies; se fundaba el bando en un decreto de Carlos III expedido desde el Pardo.

Como quiera que sea, la equidad de esta medida que atacaba de frente á las costumbres de un pueblo, fué inoportuna en aquellas críticas circunstancias y causó grave disgusto, con especialidad en los barrios bajos; y aumentó esta irritación la misma justicia saliendo los alcaldes de corte con sus alguaciles por las calles y paseos públicos acompañados de sastres, cortando capas y apuntando sombreros, exigiendo multas y haciendo prisiones.

Irritados algunos del populacho, em-

como suele suceder cuando muchos, aún contemporáneos, escriben sobre un mismo acontecimiento; pero todas están conformes en el fondo ó substancia del hecho.

pezaron á pasearse en grupos, embozados con capa larga; y calado el sombrero gacho arrancaron de algunas esquinas el bando y pusieron en su lugar un cartel amenazando á Esquilache, y diciéndole que había más de tres mil hombres dispuestos á levantarse.

Este hecho y otros semejantes que se repitieron en aquellos días debieron poner á la autoridad en alerta para prevenir con prudencia un movimiento popular; pero, lejos de esto, siguieron los ministros de justicia su violenta persecución contra capas y sombreros, hasta que al fin el domingo de Ramos, 23 de Marzo, al anochecer, estalló un motín que sucedió de esta manera:

Paseábanse á dicha hora por delante del cuartel de Inválidos, en la plazuela de Antón Martín, dos hombres embozados, uno de ellos con sombrero blanco, como haciendo alarde de no dárselos nada ni por el bando ni por la tropa. Al del sombrero blanco se llegó un soldado; y como le dijese: «Paisano, ¿por qué no observa V. lo mandado y no apunta ese sombrero?»,

contestóle bruscamente: «Por que no me da la gana.»

Trató el soldado de prenderle, él terció la capa y tiró de la espada; la guardia acudió, los embozados dieron un silbido, á cuya señal desembocaron otros de las calles contiguas.

El oficial mandó retirar á sus soldados, y los alborotadores se fueron como triunfantes por la calle de Atocha gritando: *¡Viva el Rey! ¡Viva España! ¡Muera Esquilache!*, y obligando á cuantos encontraban á desapuntar los sombreros y á seguirlos.

Así se formaron grandes grupos, que iban rompiendo faroles, y se dirigieron á casa de Esquilache, donde por fortuna no encontraron más que la servidumbre, porque el Marqués había pasado el día en el Real Sitio de San Fernando, y teniendo noticia del motín junto á la puerta de Alcalá, torció á Palacio por la Ronda; y la Marquesa, recogiendo sus alhajas, pasó con su familia al colegio de niñas que llaman de Leganés, que estaba inmediato á su casa.

Forzada la puerta de ésta con oposición de los criados y muerte de uno de ellos, se derramó la plebe por las habitaciones, destrozando lo más precioso. De allí se fué á la casa del Marqués de Grimaldi, sin proponerse á más que á romper las vidrieras de las ventanas. El tumulto duró gran parte de la noche, y al retirarse los amotinados, encendieron en la Plaza Mayor una hoguera en que quemaron el retrato de Esquilache.

La tropa estuvo toda la noche sobre las armas, parte rodeando el Palacio, adonde había vuelto el Rey el 22, y la restante apostada en piquetes por las calles, sin poner casi resistencia al alboroto.

Al día siguiente (24) amaneció todo tranquilo; pero á las ocho de la mañana empezaron los gritos de *¡Viva el Rey! ¡Muera Esquilache!*, y dando tal vez aliento la fortuna del día anterior, se renovó el motín con mayor fuerza, aumentándose el número de alborotadores con una tropa de mujeres y muchachos, que no permitían á nadie llevar sombrero apuntado.

El mayor número de la gente se dirigió á Palacio; pero como estaba la tropa acordonada en las entradas de la plazuela, no pudieron penetrar en ella y empezaron á insultar á los walones y arrojar piedras sobre ellos; lo cual visto por uno de los oficiales mandó disparar dos veces, bien que apuntando alto y sólo por intimidarlos.

Lo mismo sucedió con el piquete de walones en la Plaza Mayor; pero aquí los paisanos, armados de piedras, triunfaron dispersando á todo el piquete, y en estas refriegas hubo algunos muertos y heridos de una y otra parte.

Entretanto se había reunido en Palacio el Consejo de Castilla, y á las once de la mañana salieron hasta la Puerta del Sol los Duques de Medinaceli y de Arcos diciendo al pueblo que se sosegase, pues S. M. les concedería lo que pidiese con tal que diesen tres días de término; á lo que los amotinados respondieron que en aquel mismo día se les había de otorgar la concesión, y que si no Madrid iba á ser Troya en aquella misma noche.

Varios predicadores procuraron sosegar

los ánimos, entre ellos el P. Cuenca, religioso gilito, el cual se presentó á los amotinados con una corona de espinas, una soga al cuello y un crucifijo en la mano, y empezó á exhortarlos para que se tranquilizasen; mas uno de la turba le dijo: «Déjese de predicarnos, Padre, que cristianos somos por la gracia de Dios, y lo que pedimos es cosa justa.»

Viendo, pues, el P. Cuenca que predicaba sin fruto, se ofreció á llevar sus peticiones al Monarca; y aceptada la oferta le entregaron un papel, redactado allí mismo por uno que al parecer era clérigo, del tenor siguiente:

«En nombre de Dios Todopoderoso y de la Beatísima Trinidad, tres Personas distintas y un solo Dios verdadero, y de la Beatísima Virgen María, Madre de Jesucristo y Nuestra Señora, pedimos á V. M. lo siguiente:

1.º Que se destierre de los dominios de España al Marqués de Esquilache y su familia.

2.º Que el Ministerio se ha de componer de españoles, y no de extranjeros.

3.º Que salga de Madrid la guardia walona.

4.º Que bajen los comestibles.

5.º Que se supriman los abastos.

6.º Que nos vistamos á nuestro gusto.

7.º Que haya perdón general.

8.º Que se digne S. M. salir al público para que oigamos de su boca la palabra de cumplir y satisfacer las peticiones.

»Todo lo cual pide y firma el público en esta Plaza Mayor de Madrid á 24 de Marzo de 1766.»

El redactor de estas peticiones las leyó al pueblo, y preguntándole si era esto lo que pedía, todos contestaron que sí, y luego se las entregó al religioso para que las pusiese en manos del Rey.

Transformado el misionero en parlamentario, se encaminó á Palacio siguiéndole las turbas. El Soberano, que había optado por el sistema de complacer al pueblo, salió al balcón del centro acompañado de su confesor, y conforme el Padre Cuenca iba leyendo las peticiones, las otorgaba en alta voz.

Acabóse esta escena entre vivas y aclamaciones.

maciones, y en acción de gracias por haber alcanzado lo que deseaba fué el pueblo á la iglesia de Santo Tomás, de donde salió el Rosario con estandartes y faroles y la imagen de Nuestra Señora, llevando algunos en las manos las palmas que se habían distribuído el día anterior. Para este acto se reunieron á los alborotadores muchas personas pacíficas que no habían tomado parte en el tumulto, y vuelta la procesión á la iglesia se retiraron todos á sus casas silenciosamente.

Parecía, pues, todo concluído; pero algunos italianos cortesanos, poco prácticos en las costumbres españolas, creyeron que aquella ceremonia era una continuación del motín; y, por otra parte, los que movían la máquina contra los jesuitas infundieron temor á Carlos III, persuadiéndole que el alboroto era obra de estos religiosos. Logróse el efecto, porque, consternado el Monarca, salió aquella misma noche de Madrid con todo sigilo, y se retiró á Aranjuez, acompañándole la Familia Real y el marqués de Esquilache.

En la mañana del 25 se fijó un Real

decreto disponiendo que saliesen de la capital los guardias walones (los cuales habían marchado ya á Aranjuez á las dos de la madrugada); que se rebajase el precio á los comestibles; que se suprimiese la Junta de abastos; que se permitiese el uso de capas largas y sombreros gachos, y que Esquilache fuese desterrado de España.

Mas, por desgracia, de poco sirvieron estas concesiones, porque, corriendo la voz de que S. M. se había marchado, el grosero pueblo, que reputó la ausencia del Rey por un tratamiento de rebeldes y por un anuncio de su castigo, empezó á inquietarse y se renovó el tumulto; y si en los días anteriores anduvieron los amotinados sin armas, en éste se apoderaron de los fusiles de los inválidos y de otros que pudieron haber y del almacén de pólvora, y para colmo de la confusión pusieron en libertad á todas las mujeres que estaban recogidas en la Galera.

En seguida se encaminaron á la casa del Obispo D. Diego de Rojas, gobernador del Consejo, pidiéndole que extendiera y

firmara un memorial á nombre del pueblo; y accediendo el Prelado, se redactó el siguiente documento:

«No ignora, Señor, *el cuerpo de alborotados matritenses* que han influido bastardos corazones en el piadoso de Vuestra Majestad... Entregó V. M. las riendas del gobierno con tanto despotismo al Marqués de Esquilache... que en seis años que las manejó dejó á V. M. sin dinero, sin tropas y sin armada...; ha puesto á V. M. en el infeliz estado de obedecer, no de mandar. Los honores se hallan vendidos en tan pública almoneda, que sólo ha faltado la voz del pregonero... Sólo miró este Ministro, Señor, su conveniencia, enriqueciéndose con insaciable hidropesía, trascendiendo ésta á toda su generación por los muchos millones que sacó de España... En este concepto, Señor, *los humildes vasallos del alboroto* hacemos á V. M. esta reverente representación para que no ignore los motivos que les asistieron, suplicándole rendidamente se digne regresar á su obligada corte, y mantenerles su real pala-

»bra de que salga el Marqués de estos reinos, y que los suplicantes queden perdonados, pues todo ha sido efecto de fidelidad, amor y respeto. Oiga piadoso los ayes de su pueblo, sin escuchar á quien aconsejase otra cosa.»

Es muy probable que entre algunas acusaciones justas que aquí se hacen á Esquilache las hubiese también injustas ó exageradas, como suele suceder en semejantes lances.

A llevar esta representación se brindó un hombre de la ínfima plebe, llamado Diego Avendaño (1), quien partió para Aranjuez, entró en el cuarto del Rey, y al ponerla en sus manos le dijo con el mayor descaro que era uno de los del tumulto y que venía encargado de llevar la respuesta, á lo que S. M. le contestó que se esperase y se la daría. Entretanto los amotinados matritenses pasaron toda aquella noche haciendo correrías por las calles, alborotando con gritos de ¡Viva

(1) Otra versión dice que se llamaba Bernardo y que era calesero.

España! y *¡Muera Esquilache!* y disparando tiros al aire, sin cometer robo ni exceso alguno de los que son naturales á la confusión y al delirio, siendo casi toda gente grosera y pobre, y manteniéndose la tropa en completa inacción.

El miércoles (26) á las diez de la mañana volvió con la respuesta el mensajero, y siguiéronle las turbas hasta la casa del Obispo Rojas, á quien venía dirigida; y convocando el Prelado al Consejo de Castilla, se fué con él y con Avendaño á la casa llamada de la Panadería, en la Plaza Mayor, que se cuajó de gente.

Saliendo luego al balcón publicó la respuesta del Rey, en la que aseguraba S. M. que haría cumplir todo cuanto había ofrecido á condición de que se sosegasen. Oído esto, corrieron los amotinados á dejar las armas con aclamaciones de júbilo, gritando: *¡Viva el Rey!*, y todo entró en repentina tranquilidad como si nada hubiera pasado.

En la sencilla narración de este motín se ven claramente las causas que lo produjeron. El abate Hermoso, testigo de

lo que pasó, dice en su manuscrito, y en sus declaraciones cuando le hicieron preso, que no tuvo cómplices el motín, y fué sólo una asonada popular causada por la exasperación del pueblo contra Esquilache.

«Ningún hombre, dice, de buena capa ni de mediana estimación, ni aun de los artesanos, prestó voz ni acción á esta locura. Gritaron pidiendo la remoción de un ministro que consideraban aborrecido de toda la nación, por el alivio en el precio de los alimentos y por la retención del traje, de cuyas alteraciones no reconocían por autor sino á Esquilache.»

Gritaron pidiendo por ministro á Ensenada, y para esto no tuvieron otro impulso que el buen nombre de este Marqués y su reputación popular, y es sabido que cuando el pueblo fué á su casa prorrumpiendo en vivas y aclamaciones en la mañana del día 25, Ensenada se escondió y siguió á la corte aquella misma mañana.»

Así se explica un testigo ocular que no tenía amistad alguna con los jesuitas, sino más bien desafecto. Verdad es que

algunos escritores hablan de agitadores que dirigían el movimiento popular, y que se repartían papeles á los alborotadores; que éstos comían y bebían en los despachos públicos, y otras personas se presentaban á satisfacer con largueza el consumo hecho; que algunos que andaban con traje humilde mostraban la delicada camisa al desembozarse, y que otros que vestían de carboneros descubrían la fina media de seda por el zapato y el botín.

Pero de nada de eso hace mérito el singular proceso que se formó, del que después hablaremos; y aun cuando así fuera, aunque hubiese instigadores que pretendiesen derribar á Esquilache para encumbrarse en el poder, ninguna prueba hay de la culpabilidad de los jesuitas, ni en este acontecimiento aparece remotamente la acción de ningún jesuita, ni puede aparecer lo que no existe; además de que dichos religiosos no tenían en particular ninguna queja contra Esquilache, que nunca se había mostrado enemigo ni desafecto á ellos.

Sin embargo, los adversarios de los jesuitas tomaron de este suceso, y de otros análogos que tuvieron lugar en varias ciudades, la ocasión ó el pretexto para acriminarlos ó destruirlos, como lo vamos á ver en la serie de esta historia.

§ III.—Consecuencias inmediatas del motin.

Consecuencia inmediata del triunfo del pueblo fué el extrañamiento de España del Marqués de Esquilache, quien en 27 de Marzo (1766) salió con toda su familia camino de Cartagena, y de aquí partió para Nápoles. En el ministerio de Hacienda le reemplazó D. Miguel de Múzquiz, y en el de la Guerra el teniente General Don Gregorio de Muniain. Carlos III desterró también al Marqués de la Ensenada á Medina del Campo, donde acabó sus días, y á D. Diego de Rojas y Contreras le relevó de la presidencia del Consejo de Castilla, ordenándole que se retirase á su iglesia de Cartagena y Murcia.

Luego trató de nombrar un sujeto que reuniese la fuerza militar con la política, y para esto llamó de la capitania general